

En aquel instante pensaba en todos los amigos que acabo de perder y que se desvanecieron también como humaredas; los unos soberbiamente, como el buque; los otros modestamente, como la cabaña. Yo estaba triste y apesarado. Ves, querida esposa, sin contar á mi pobre Eugenio, que era bastante más que un amigo, ascienden á cuatro en menos de cinco meses: Fontaney, tan inteligente; Maynard, tan chispeante y tan noble; D'Arnay, aquel pobre y bondadoso muchacho tan gracioso; y, en fin, apenas hace pocos días, Fossonbroni, tan joven, tan modesto y tan inteligente; todos buenos, generosos, adictos; todos muertos cuando apenas habían empezado á vivir. Exceptúo á Fontaney, que había sufrido y había vivido de consiguiente.

¿Dónde están ahora? ¿Piensan en nosotros que pensamos en ellos? ¿Nos echan de menos y nos desean? Ahora saben que les he querido de veras; Maynard sobre todo, que cometía la injusticia de dudarle alguna vez, única culpa de que puedo acusarle. ¡Ay, pobre esposa mía! ¡Cuánto ha sido sacudido ese árbol de los vivos á nuestro alrededor! ¡Cuántas hojas caen! ¡Cuántas ramas se rompen!

Yo me hallaba en presencia del Océano y de la faz de Dios y estaba lleno de esas ideas. Y aun estoy lleno de ellas. Proseguiré en otro momento. Déjame acabar aquí esta carta. No quiero entristecerte.

Te abrazo tiernamente, Adela mía.

XIII

ETAPLES

Bernay, 5 de septiembre, á las 9 de la mañana.

Estoy todavía en Bernay, y me apresuro á escribirte, pues temo que el final de mi última carta te haya dejado una triste impresión. No quiero enviarte impresiones semejantes, sino mucha alegría; la risa y la felicidad te van tan bien, Adela mía.

Salí de Boloña anteayer, con uno de esos admirables cielos nebulosos y resplandecientes que arrojan sobre la tierra como una gran piel de tigre hecha de luz y de manchas de sombra. La ciudad alumbrada de este modo estaba maravillosamente linda. Todas las noches llueve; pero con el día vuelven el sol, el cielo azul y los paisajes. *Nocte pluit tota, redeunt spectacula mane.* Esto es Virgilio para mi laureado Charlot.

Una sola cosa estropeaba aquel conjunto de mar y tierra, de techos, jarcias y velas. El horrible pastel en forma de columnata con que han coronado su ciudad. En cuanto á la columna de Boloña, no hace bien ni mal. Es una construcción de piedra y nada más. Pues en Boloña tienen una columna, una especie de columna Trajana, sin las esculturas, sin la grandiosidad y sin Roma.

Me ha favorecido más hermoso sol en Boloña que

en Calais, donde tuve mucho frío. Calais está en una corriente de aire.

Pero, frío ó caliente, con lluvia ó con sol, con brumas ó estrellas, me gustan apasionadamente los puertos de mar, aun cuando se comen demasiados beefsteacks y los barberos os afeitan con manos que huelen á pescado.

Ya sabes que prefiero los puertos pequeños á los grandes. Por eso de Boloña pasé á Etaples.

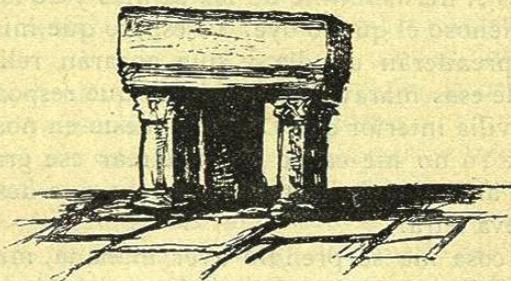
El camino es más pintoresco aún que el de Calais á Boloña. Es un perpetuo encanto.

Al salir de Boloña se costea un brazo de mar que penetra en las tierras como para apoderarse de las aldeas. Durante el flujo se halla cubierto de pequeñas barcas de vela que cruzan sus triángulos amarillos en todos sentidos. A partir de allí, el paisaje varía soberbiamente á cada instante. Las colinas, á un tiempo blandas y severas, suavizadas por el viento robusto del mar, tienen á veces la línea italiana. De vez en cuando altas dunas magníficamente revueltas, como oleadas que el movimiento del coche hace mover á la vista, vienen en tumulto hasta el borde de la carretera. El mar, que se retira lentamente de la costa de Francia, llegaba antiguamente allí. Y luego se aleja y va á apoyar en el lejano horizonte sus cortas y poderosas ondulaciones. Y forman, en el fondo del paisaje, firmes y deliciosos arabescos, esculpidos alternativamente por todos los elementos. El Océano los ha desbastado, y el huracán los perfecciona.

Etaples no es más que una aldea, pero una aldea como yo las busco, una colonia de pescadores instalada en uno de los más graciosos y diminutos golfos de la Mancha. La marea era baja cuando llegué; todas las barcas estaban encalladas á lo lejos en la arena, negra y reluciente como conchas de mejillones. Yo dibujé algunas, mientras me paseaba por la playa. De

vez en cuando encontraba, en los umbrales de las cabañas, graves figuras de marinos que os saludan noblemente. El mar brillaba en medio del golfo, deslumbrante y rasgado, como un jirón de tisú de plata. Las alturas que limitan el horizonte á Mediodía tienen una forma magnífica y tranquila. Algunas grandes nubes lo cruzaban lentamente. Era un espectáculo plácido y grandioso.

Por la tarde parece que las nubes van á acostarse. Se aplanan, se alargan, se tienden como para dormir.



De día se hinchan, se dilatan y se redondean al sol como edredones ante el fuego. En general me gustan más por la tarde. Dibujan entonces en el aire bahías y promontorios que hacen del cielo como un inmenso espejo en que el mar parece se mire con sus sombrías y recortadas costas.

Partí muy de mañana. Quería almorzar en Montreuil-sur-Mer.

Montreuil-sur-Mer tendría un nombre más exacto si se llamara Montreuil-sur-Plaine (llanura). Era antiguamente una deliciosa villa. Ahora no es más que una ciudadela. Pero desde las murallas se disfruta de una admirable vista de cerros y praderas, pues la villa está situada en una altura. Y quedan todavía en la

plaza dos iglesias antiguas que tienen un cierto aspecto. Pero no hay que entrar en ellas. En la mayor, empero, encontré una puerta románica de buen gusto. No la juzgues por estos garabatos.

Me paseé por las murallas. Me hallaba solo con algunos cañones viejos tendidos en el suelo y un cura viejo sentado junto á ellos.

¡Qué rostro tan venerable tenía aquel cura! Tenía los ojos fijos en su libro, y yo contemplaba la campiña. Él leía en su breviario y yo en el mío.

La naturaleza, Adela mía, es un bello y glorioso libro. Es el más sublime de los salmos y de los cánticos. Dichoso el que lo oye. Yo espero que mis hijos lo comprenderán un día y que gozarán religiosamente de esas maravillas exteriores que responden á la maravilla interior que Dios ha puesto en nosotros, el alma. Yo no me canso de deletrear ese grande é inefable alfabeto. Cada día me parece que descubro una nueva letra.

Una cosa me sorprendió ayer mañana, mientras estaba meditando en los viejos baluartes de Montreuil-sur-Mer. Es la manera con que los seres se modifican y transforman constantemente, sin sacudidas, sin contrastes, y como pasa de una región á la otra con calma y armonía. Cambia de existencia casi sin cambiar de forma. El vegetal se convierte en animal sin que haya un solo anillo roto en la cadena que empieza en la piedra, de la que el hombre es el centro misterioso, y cuyos últimos eslabones, invisibles é impalpables para nosotros, se remontan hasta Dios. La brizna de hierba se anima y escapa, es una lagartija; la caña vive y se desliza por entre el agua, es una anguila; la rama oscura y jaspeada del liquen amarillo empieza á trepar por las malezas, y se convierte en culebra; pon alas á las semillas de todos colores, y son moscas; el guisante y la avellana adque-

ren patas, y tienes arañas; el guijarro informe y verdoso, de vientre plumizo, sale del charco y se pone á saltar en el surco, y es el sapo; la flor echa á volar y se convierte en mariposa. La naturaleza entera es así. Todas las cosas se reflejan, arriba más perfecta, abajo otra más grosera, que se le parece.

¡Y qué admirable radiación de todo hacia el centro! ¡Cómo los diversos órdenes de seres creados se superponen y se derivan lógicamente uno de otro! ¡Qué silogismo es la creación! En donde principian la rama y la raíz, principia el árbol; en donde principia la cabeza, principia el animal; en donde empieza el semblante, empieza el hombre. Así se engendran uno á otro, en una deliciosa unidad, los cuatro grandes hechos que abarcan el globo, la cristalización, la vegetación, la vida y la idea.

Dime por qué pensaba en todo esto bajo los grandes árboles de Montreuil. No lo sé. Pero estoy hablando contigo, Adela mía, como si nos estuviéramos paseando del brazo á lo largo del muelle del Arsenal.

Al bajar de la muralla, encontré á un niño que mordía una gruesa manzana. —¿Quién te ha dado esta manzana?, le dije. Y me respondió: —No lo sé, se cayó del árbol; tal vez el viento, tal vez nadie. Yo le di diez sueldos y le dije: —Hijo mío, cuando no es nadie, es Dios.

Y hubiera podido añadir: —Y cuando es alguien, es también Dios.

De Montreuil fui á Crecy. Tuve que hacer á pie tres leguas largas. Los caminos están impracticables. La ley sobre los caminos vecinales aun no ha puesto un solo guijarro por aquí.

He visto Crecy y visitado aquel sombrío campo de batalla. Di la vuelta al viejo molino de piedra que señala el punto por donde empezó el ataque. Bajé al fondo del valle, donde las mazas y las hachas de

armas trabajaron tan rudamente. El pueblo es muy pintoresco. Dibujé la iglesia, que vió la batalla. Hay también, en medio de la plaza del pueblo, una antigua fuente románica que aquel día debió restañar mucha sangre. Curiosa y única fuente para mí hasta hoy. Gruesos nervios de ladrillo en plena cintra. Obesos pilares de piedra con capiteles esculpidos. Tres pisos, dos de los cuales están deformados.

En Bruselas no quise ver Waterloo. Consideré inútil hacer esa visita á lord Wéllington. Waterloo me es más odioso que Crecy. Y no es solamente la victoria de Europa sobre Francia, es el triunfo completo, absoluto, palmario, incontestable, definitivo, soberano, de la medianía sobre el genio. No estuve á ver el campo de batalla de Waterloo. Sé muy bien que la gran caída que allí tuvo lugar era tal vez necesaria para que el espíritu del nuevo siglo pudiera brotar. Era necesario que Napoleón le cediera el sitio. Es muy posible. Yo iré á ver Waterloo cuando un soplo procedente de Francia haya derribado ese león flamenco á quien san Luis había arrancado ya las uñas, los dientes, la lengua y la corona, y habrá colocado sobre su pedestal un ave francesa cualquiera, águila ó gallo, poco me importa. No ignoro que todo esto que escribo aquí podría interpretarse como una copla de encargo, pero me es igual. Alberto sabe muy bien que tengo todo un lado tonto y patriótico.

Volvamos á Crecy. Digo, pues, que lo he visto todo; pero muchas veces he enviado al diablo á un mocetón resfriado que me servía de guía, y que no sabía una palabra, no hay que decirlo, el cual respondía á todas mis preguntas: *Oui, bosieu* (sí, señor). A lo que yo replicaba: *Fort bien, bon abi* (muy bien, amigo mío).

A fuerza de correr por entre las piedras, mis zapatos de castor se han roto. He medido inmediata-

mente y con ojos tiernos la extensión de mi desdicha. Y he visto que tendría que ponerme las botas el día siguiente. Pero las botas me molestan.

Bernay, en donde me hallo en este momento, no es más que una aldea. Hay seis casas. La catedral tiene cuatro paredes blancas, diez pies de altura, tres ventanas, un techo de pizarra y un campanario que parece compuesto de dos fuelles, el uno horizontal y el otro vertical. Ese dichoso género de arquitectura florece y prospera en las buenas campiñas picardas, que no ven más allá. Es horrible.

No es más que una aldea; pero la casualidad ha querido que esa aldea estuviera situada en el punto preciso que la diligencia que llega de París tiene gana de almorzar y donde la diligencia que llega de Calais tiene gana de comer. De esas dos diligencias que llegan, la una del sud, la otra del septentrion, con la boca abierta, ha resultado una posada, y una muy buena posada, el Hotel de la Posta. Es uno de los mejores albergues que he encontrado en mi camino.

El corral, que cae debajo mi ventana, es magnífico. No es un corral, es un Océano. Hay todo un mundo de pollos, patos, vacas, cerdos, pavos, pichones y pintadas, que vive ruidosa y alegremente sin preocuparse de los siniestros resplandores de la cocina. De aquel inmenso corral germina una mesa redonda colosal que se entreabre dos veces al día. Ayer lunes, por la tarde, el mozo me decía que había servido más de ciento veinte cubiertos desde el sábado. Es verdaderamente maravilloso encontrar tan prodigiosa cocina en un lugarejo de ocho ó diez fuegos. Sea lo que quiera, y sin pensar en la mesa redonda, este monstruo con dientes de tiburón, todas aquellas tortillas, todas aquellas chuletas, todos aquellos jamones, todas aquellas salsas, bullen, pían, ballan, cantan, arrullan, gruñen, vuelan, andan, nadan

y picotean por entre Alpes de muladar, donde los charcos hacen de lagos; tumulto divertido para el viajero que, como yo, contempla el corral en tanto cuece la comida, y no desdena á Fielding mientras espera á Chevet.

Chevet no estropea nunca el paisaje. La idea de la codorniz da color al grupo un poco seco del cazador y del perro de parada; para el viajero hambriento, hay un cierto gusto en pensar que en aquellas hermosas aguas vivas, junto á las que descansa, se pescan suculentas truchas. Los hombres del siglo xv no pintaban ni esculpían jamás un río sin mostrar sus peces. Buena y cordial costumbre.

En medio de todas esas bestias se arrastra y se contonea, como el elefante en el Jardín de plantas, una enorme puerca preñada y próxima á parir. Da gusto ver cómo se revuelca en la basura. Es monstruosa, es alegre, gorda, vellosa, sonrosada y rubia. ¡Hay que ser un gran puerco para cortejar á semejante criatura!

Parece que los gendarmes y postillones se hacen limpiar aquí. Debajo del portal hay un niño que saca lustre á una bota alta como un hombre. Te daría risa verle. Pinta, frota, cepilla, sopla, suda, con todo su corazón, tiende la bota en el suelo como un cañón, la pone de pie como una columna, le da vueltas, entra en ella, y por momentos desaparece en su interior como tragado por ella. Jamás se ha realizado una gran obra con tanto entusiasmo.

Todo es bueno, todo es limpio, todo es risueño en este albergue. Cierto que aquí y allá hay algunas ligeras verrugas. Me han dado para escribir una mesa redonda, alta y estrecha, lo cual no peca de ingenioso; hacen pagar seis sueldos por tres hojas de papel; están suscritos á la *Gaceta de Francia*, cuyo infortunado folletín he visto que rodaba por la cocina, afir-

mando, entre las cebollas y las ascalonias, que el teatro está decididamente perdido, que la hermosa lengua francesa, etc., que el drama moderno, etc., grandes verdades que aquel buen folletín decía en francés de cocina, lo que me ha parecido de buen gusto en semejante lugar. Sumado todo, una excelente posada.

Pregunté á la buena y obesa dueña de la casa: —¿Es usted legitimista, señora? Y me respondió: —¡Ay! Sí, señor. Es necesario. El camino de Calais sufre, ya lo ve usted. Pasaba mucha más gente por aquí en tiempo de los antiguos Borbones. La carretera de Lila nos perjudica. Los príncipes de Orleans están siempre metidos en Bruselas. De donde deduje que el restablecimiento de la rama primogénita era necesaria al bienestar de la Francia y de la carretera de Calais. La dama, buena y excelente mujer, por otra parte, reflexionó un instante y añadió suspirando: —Y después, ve usted, desde 1830, ha habido el cólera en París, y sigue todavía en Italia, lo que hace que los ingleses pasen menos por aquí. —¡Diablo!, respondí, comprendo que esté usted suscrita á la *Gaceta de Francia*.

Perdóneme estas historias de taberna, querida esposa. Pero en donde no hay Océano ni catedrales, precisa hablar de posadas. La cabeza y la inteligencia han charlado ya bastante; ahora le toca al vientre contar sus aventuras.

Desde el Treport, 6 de septiembre, á las once de la noche.

No he podido resistir al Treport. Estaba demasiado cerca. Me atraía con tanta violencia, que aquí estoy. Esta vez he llegado con la marea baja. Es siempre un sitio delicioso.

Ayer hice á pie una excursión al Crottoy, lindo puertecito frente por frente de San Valerio, á la desembocadura del Somme. Así que llegué, partían las barcas, cosa siempre admirable y siempre nueva. Todas las velas, dibujadas netamente por los ángulos, distaban por obscuro sobre el cielo y sobre el mar, que estaban deslumbradores. Te hubiera deseado conmigo, querida esposa.

En Abbeville he vuelto á visitar San Wulfrán y su antigua fachada roída por el cierzo y por la luna. He vuelto á ver aquella hermosa iglesia con tanto gusto como la primera vez, hace dos años. Tiene algunas arrugas más y yo no tengo menos. Hay en la esquina una sublime estatua de anciano medio hundida bajo un techo. Han construído una innoble casa que le llega á la cintura, y el viejo santo les deja hacer sin interrumpir su tranquilo ensueño. A su lado, un guerrero, á quien está á punto de alcanzar aquella crecida de tejas, se desprende de ellas fieramente. Todas esas figuras son graves y bellas. Empero, no hay que verlas después de las de Amiens.

He empleado bien el día, querida Adela. He ido á ver el castillo de Rambures, hermoso grupo de torres del siglo XIII. Lo he dibujado. El camino á través del bosque era delicioso. Aunque muy accidentado, he podido hacerlo en coche. Y después he venido al Treport. He dejado á mi izquierda Blangy, risueño pueblecito oculto entre los álamos en el fondo de un soberbio valle admirablemente rodeado. He dejado también á un lado el camino de Aumale, que trazaba en el reverso de las opuestas colinas el gesto fulminante y tortuoso de la señorita Mars en Tisbe. He atravesado Gamaches. La iglesia tiene una bonita portada del siglo XV.

He visto pasar en Gamaches á dos mujeres que no estaban de boda. Eran dos pobres contrabandistas de

tabaco presas infraganti. Llevábanlas á la cárcel de Blangy con su tabaco, su decepción y su carreta adornada con dos gendarmes. Les he dado los sueldos que tenía en el bolsillo.

El camino de Gamaches á Eu es muy verde y muy bien rodeado. Corre placenteramente á lo largo de una alta colina que halla término en los acantilados. De vez en cuando se encuentra uno de esos cuadrados de cáñamo que parecen bosques de pequeños cocoteros. Si uno se supone gigante, se hace la ilusión de estar en América.

Peró ya debes estar cansada de esta carta sin fin, mi pobre esposa. La cierro abrazándote, lo mismo que á tu padre y á mis queridos hijos. ¿Has escrito á M. Naudet que yo estaba ausente? No sé aun si pasará por Gisors. Pero escíbeme siempre allí. Mi itinerario dependerá de los carruajes. Procuraré, sin embargo, dirigirlo á Gisors. Hasta pronto, mi adorada Adela. Hasta pronto, Didina mía. Mil besos.